

DON ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ, CON SEVILLA AL FONDO

A pesar de haber nacido aquí en 1909; a pesar de haber sido bautizado, como Velázquez, en la pila de la parroquia de San Pedro; a pesar de haber cursado sus estudios en la vieja Universidad de la calle LARAÑA, con maestros como Jorge Guillén, Francisco Murillo, Carriazo, Angulo Iniguez, Vallejo, Sevilla no se había enterado que uno de sus hijos es uno de nuestros primeros historiadores de talla internacional: don Antonio Domínguez. Parece que poco a poco el olvido —que juzgo intencionado, como tantos otros de la ciudad— se va cernudianamente deshabilitando. Por un lado, las publicaciones de la Universidad acaban de reeditar su primera obra, agotada hace muchos años, fundamental para el conocimiento de la ciudad, «Orto y ocaso de Sevilla»; por otro lado, con Antonio Domínguez Ortiz ha dictado recientemente una conferencia sobre «Ambiente intelectual de Sevilla a fines del

De historia tradicional a historia económica y social

ANTONIO BURGOS.—Me ha dicho usted que una de sus primeras lecturas fue la "Historia", del padre Mariana... Después, en la Facultad de Letras, salvo la influencia docente de algún maestro de la Institución Libre de Enseñanza, recibió una enseñanza de corte tradicional. ¿Cómo surge en su obra, concretamente en "Orto y ocaso", el paso de una historia tradicional a una historia social y económica?

ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ.—No se puede decir que sea la enseñanza de tal maestro o de tal escuela. Es una cosa instintiva en mí. Aunque yo leí abundantemente la historia tradicional, yo me leí hasta los «Anales», de Zurita, que son quizá la cosa más difícil de digerir de toda la historiografía española. Pero a pesar de eso, instintivamente, cuando iba a los archivos, a las bibliotecas, las cosas que anotaba eran éstas de tipo económico-social, institucional, y, claro, por eso cuando llegó el momento de que hiciera una historia, lo que anotaba en mis fichas era eso. Sería quizá un poco petulante por mi parte decir que hice esta historia por generación espontánea, pero la verdad es que mis recuerdos en este sentido son de esa clase. A mí no me habían enseñado esa clase de historia.

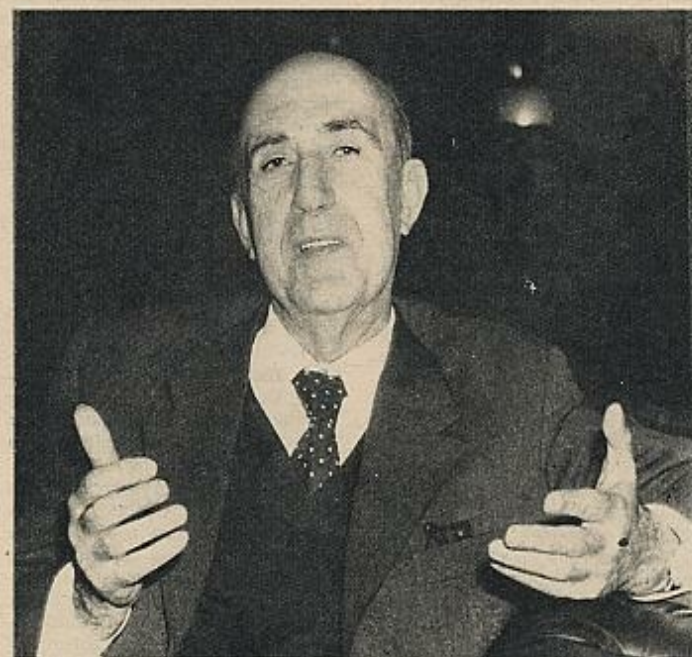
A. B.—¿Causó impacto el hecho de que de pronto apareciera en España este tipo de método histórico?

A. D. O.—No; el «Orto y ocaso» no tuvo repercusión ninguna. Se editó a quinientos ejemplares, que tardaron diez años en venderse. O sea, que, prácticamente, no se enteró nadie, salvo un reducido círculo. Ni siquiera creo que tuviera venta comercial. Vi-

cens Vives me pidió el libro en el año cincuenta y seis... Se había publicado hacía ya diez años. Ni él influyó en mí ni yo influí en él. Son dos cosas distintas. Yo instintivamente me dirigí por ese camino, y él, con mucho más aparato erudito, con muchos más medios y con la influencia de la escuela francesa, fue el que trajo

las gallinas, de eso no cabe duda. Lo mío fue la labor de un francotirador que no tuvo repercusión alguna.

A. B.—¿A qué cree usted que se debe el hecho de que entre los años cuarenta y cincuenta le historia de Sevilla se siga estudiando, sin embargo, desde el punto de vista tradicional?



El Cuerpo de Catedráticos de Instituto se empobrece por el continuo trasvase a la Universidad de sus elementos más valiosos.

siglo XVIII» en el Ateneo... Universidad, Ateneo... Como se ve, Sevilla o se pasa o no llega. Personalmente, pienso que la ciudad empieza a hacer justicia a Domínguez Ortiz.

Alto, huesudo, finísimo, tuve ocasión de charlar largamente con don Antonio Domínguez Ortiz en unión de un compañero historiador, Antonio Miguel Bernal. Gracias a la hospitalidad de don José María de la Peña y Cámara, jubilado director del Archivo General de Indias, tuvimos por delante muchas horas, unas tazas de café, el silencio de una terraza abierta a uno de los muchos sueños de Sevilla: el río, los hotelitos del Guadalquivir construidos en Heliópolis para la Exposición Iberoamericana. Quizá a alguien le interese lo que quedé de aquella conversación la víspera que don Antonio Domínguez Ortiz iba a hablar en el Ateneo...

A. D. O.—Yo creo que es porque no se ha formado una escuela de historiadores de Sevilla; no ha habido una institución que se preocupe de formar una escuela de historiadores de Sevilla con arreglo a estos métodos.

A. B.—Creo que si había una escuela; había otra escuela, de

la, ha dejado una serie de discípulos brillantes. Y en cambio, a pesar de existir algunos maestros de Historia que aisladamente eran de valor, al no constituir escuela, en esos años cuarenta no había una escuela histórica sevillana. Ahora, sí; ahora hay aquí un núcleo de historiadores jóvenes en posesión de técnicas modernas de los cuales podemos esperar que hagan la renovación de la historia de Sevilla, que ya la están haciendo.

Antonio Burgos

unos caracteres muy distintos, que quería volver a unos presupuestos desfasados...

A. D. O.—De todas formas, la Facultad de Letras de Sevilla, en la parte de historia, era algo heterogénea. Aquí lo que más sobresalía en la Facultad era la Historia del Arte, y la prueba es que don Francisco Murillo hizo escue-

La inexistente burguesía andaluza

A. B.—¿Cómo ve usted el problema histórico de la ausencia en Sevilla, e incluso en Andalucía, de una burguesía protagonista en lo político, lo comercial, lo agrícola?

A. D. O.—Sí, eso es cierto, y seguramente está relacionado con el concepto semifeudal de las clases y de la propiedad dominante en Andalucía, lo cual produce que al no estimarse como digno y prestigioso más que el poder emanado de la posesión de la tierra, dificulta el nacimiento de una clase empresarial. Claro, hay excepciones. Hay gente que ante la posibilidad de ganar dinero, pues incluso títulos se dedican al comercio transatlántico; pero lo hacen bajo capa y se ve que no están orgullosos de ello. Y así se produce un abandono voluntario, un vacío, que vienen a ocupar gentes de otras latitudes. No hay más que leer las listas del Consulado y Cargadores de Indias para ver que más de la mitad son apellidos vascos, de Castilla la Vieja y de fuera de España. Y en este sentido se puede decir que sí; que no solamente no existió una burguesía andaluza, sino que la que aquí venía importada luego se iba desnaturalizando, porque ya los hijos, los nietos tenían tendencia a acomodarse a los patro-



En el puente de Triana: «De Andalucía se van no sólo los intelectuales en busca de mayor escenario, sino otros en busca de pan».

nes ideológicos imperantes y por eso era preciso que siguiera habiendo un aporte, un aflujo continuo. Incluso yo sospecho si el hecho de que a partir del siglo dieciocho se aminorase esa corriente de renovadora burguesía no puede haber sido una de las circunstancias que han hecho que decaiga Sevilla. Porque Sevilla, a lo largo de su historia, me parece que ha demostrado eso: una cierta incapacidad de generar ella misma su propia burguesía.

Blanco White y el exilio andaluz

A. B.—¿Por qué de Sevilla los intelectuales, de Blanco White a nuestros días, e incluso los hombres de cierta valía se tienen que marchar? Es un fenómeno que está constatado históricamente al menos en estos últimos doscientos años...

A. D. O.—Hay que advertir que en el Siglo de Oro el caso es lo contrario, Sevilla atraía gente, escritores, artistas...

A. B.—¿Por qué entonces Sevilla es en unos momentos centro de atracción y en otros, como ahora, de repulsión intelectual, y usted mismo es un posible caso de ellos?

A. D. O.—Si diéramos así una respuesta facilona podríamos decir: es que en Sevilla los valores intelectuales nunca se han apreciado mucho... Pero es que yo no sé si eso es verdad o...

A. B.—Incluso no solamente los intelectuales, sino cualquier actitud crítica...

A. D. O.—Yo no tengo inconveniente en hacer mía esa afirmación con tal de que se aclare de que eso no es peculiar de Sevilla. Eso pasa en la mayor parte de las ciudades de España.

A. B.—Sin embargo, en Cataluña estos valores críticos son prontamente asimilados por la propia sociedad. Lo estamos viendo ahora...

A. D. O.—Bueno, ahora sí. Pero estamos haciendo historia. Lo que pasa hoy es todavía difícil de concretar. Esto hay que mirarlo con un poco más de perspectiva. Es verdad que en Sevilla, quizá por ese predominio semi-feudal, al intelectual puro nunca se le ha dado gran relevancia, sí. Pero a mí me parece que es un fenómeno bastante general. Además, no hay que olvidar que España desde principios del diecinueve sufre un centralismo intelectual tremendo. Porque, vamos, tampoco vamos a decir que Bécquer se va a Madrid porque aquí fuera objeto de ninguna persecución. No; es que él se da cuenta de el único sitio donde pueden publicar cosas y donde hay prensa es en Madrid. Y eso ya se notaba en el mismo siglo dieciocho; ya he dicho que había una vida intelectual intensa en Sevilla (Olavide, Jovellanos, el conde del Águila, Trigueros, Arjona, Marmol, Blanco White, Forner, etcétera), y, sin embargo, prensa, no; aparte de alguna que otra hojita que duraba unos meses. En Madrid, en cambio, había periódicos importantes, el «Diario de los Literatos», «El Censor», «El Correo»... En Madrid había una es-

cena intelectual que en Sevilla no existía.

¿Una sociedad con el reloj parado?

A. B.—Sevilla es una ciudad historicista, que vive con el recuerdo del momento que vivió en el dieciséis. ¿Quizá se deba esto a un mal conocimiento de la historia de Sevilla? ¿Se le paró el reloj?

A. D. O.—Es una actitud bastante corriente, quizá en Sevilla más acentuada, por varias cosas; entre otras, porque un sentido historicista es muy difícil de adquirir, porque supone un conocimiento y una valoración global de siglos de evolución, y eso pocas personas son capaces de tener. Por tanto, cuando se habla así en conjunto del sentido del pasado que tiene una ciudad, que tiene una nación, es lógico que se simplifique mucho y que la imagen del pasado se circunscriba a unos cuantos momentos particularmente brillantes. Pero eso no es solamente en España. Para un francés la historia de su país se resume en San Luis, Juana de Arco, Luis XIV y Napoleón. Y, aparte de eso, lo demás no interesa. Es decir, no es una evolución, son unas cuantas estampas, imágenes fijas.

A. B.—¿Por qué Sevilla tuvo entonces que quedarse con una sola imagen, que coincide aproximadamente con el Barroco?

A. D. O.—Ya le digo que estoy

convencido de que la masa, incluyendo en la masa a la mayoría de los historiadores, es incapaz de tener un concepto dinámico del pasado, es muy difícil adquirir eso. Entonces lo sustituyen por una serie de estampas: primero ésta, luego esta otra, cada una de ellas estática. Es la imagen más corriente de la Historia. Hay que luchar contra eso, evidentemente. Decir: pues no, esta imagen que tienen ustedes no es una cosa tan clara, hay aquí dentro muchas contradicciones y luego esto se transformó paulatinamente en esto otro. Es una labor que es muy difícil y que hay que realizar a partir de una transformación honda de los métodos de la enseñanza histórica, de una educación del público.

La frustración andaluza y el pendón verde...

A. B.—Sin embargo, en Andalucía y más concretamente en Sevilla, se nota desde hace tiempo un cierto sentimiento de frustración colectiva con respecto al contexto nacional. ¿Cómo puede usted ver este sentimiento?

A. D. O.—Yo lo veo en relación con una serie de hechos que estamos presenciando y que nadie, por mucha que sea esa tendencia a cerrar los ojos a lo adverso, puede negar. El público sabe que la gente emigra. Se van no sólo intelectuales en busca de mayor escenario, sino que se van otros en busca de pan. Eso no se puede ocultar a nadie, y tampoco que en la relación de analfabetismo vamos al principio, y en la de ingresos por persona vamos al final. La mejor información, que indudablemente existe, porque hay mejores medios de comunicación, hace que esas nociones se difundan, y como el andaluz tiene un sentido crítico bastante despierto, eso es lo que determina esa sensación de semifracaso, sobre todo teniendo en cuenta que Sevilla en la posguerra vivió unos momentos de auge más o menos artificiales, pero que existió, y ha habido después una caída.

A. B.—En otros momentos históricos esta frustración colectiva origina motines: el Pendón Verde, Loja... ¿Por qué no se dan actualmente en Andalucía reacciones de este tipo?

A. D. O.—En gran parte aquellos motines estaban justificados o eran explicables por la casi ausencia de una fuerza pública, y, en cambio, hoy el Estado dispone de un aparato represivo que hace eso casi imposible. Hoy la protesta tiene que organizarse de otra manera, por medio de los ▶

HORA H



DE ACTUALIDAD

PORTUGAL: DEL SEBASTIANISMO AL SOCIALISMO.

JOEL SERRÃO.

100 pesetas.

ULTIMAS NOVEDADES

EL CARLISMO Y LAS AUTONOMIAS REGIONALES.

EVARIST OLCINA.

Prólogo: Josep Benet.

150 pesetas.

LA DROGA, PROBLEMA HUMANO DE NUESTRO TIEMPO.

VARIOS AUTORES.

Presentación: José Arana.

150 pesetas.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE JULIAN BESTEIRO.

ANDRES SABORIT.

Prólogo: Emiliano M. Aguilera.

200 pesetas.

SINTESIS DE LA HISTORIA DEL PAIS VASCO.

MARTIN DE UGALDE.

150 pesetas.

EL DERECHO DE LIBRE DESPLAZAMIENTO Y EL PASAPORTE EN ESPAÑA.

JOSE MANUEL CASTELLS ARTECHE.

Prólogo: L. Martín-Retortillo.

200 pesetas.

PERSPECTIVAS DE UNA EUROPA RAPTADA.

LUIS DIEZ DEL CORRAL.

150 pesetas.

LA JUSTICIA SOCIAL Y OTRAS JUSTICIAS.

JULIAN MARIAS.

100 pesetas.

SEMINARIOS Y EDICIONES, S.A.

SAN LUCAS, 21. TELEFONO 419 54 08. MADRID-4.

50 **triunfo**

cauces pasivos, como es la huelga; pero salir a la calle a pegar tiros no se puede hacer hoy...

A. B.—*Muchos lectores le han conocido a través de su obra "El antiguo Régimen", de la historia de Alfaguara-Alianza. ¿Cómo ve el hecho de que una edición popular descubra de pronto al gran público a un historiador?*

A. D. O.—Me parece muy lógico, porque antes de ese libro yo no había hecho más que libros para especialistas, destinados a un círculo relativamente reducido. Antes de ese había escrito, por ejemplo, «La sociedad española del siglo dieciocho», un libro que editó el Consejo en una tirada corta, se agotó, y que entre los especialistas gozó de cierto aprecio, pero no llegó al gran público. Quizá con un mejor sistema de distribución hubiera llegado; pero, vamos, no llegó. «La sociedad del siglo diecisiete», lo mismo. En cambio, mi obra sobre los conversos, cuando la editó el Consejo también en una tirada reducidísima, quedó desconocida; cuando la cogió una editorial y la lanzó como libro de bolsillo, pues sí. Es decir, que antes de Alfaguara, cuando comencé a ser autor de bolsillo, ya empecé a ser más conocido; por ese libro de los conversos y por el tomito de Ariel Quincenal, que ya va por la tercera edición. De manera que a seis y ocho mil ejemplares cada una, quiere decir que por lo menos quince o veinte mil personas han leído ese tomito.

Dominguez Ortiz, catedrático de instituto

A. B.—*¿No ve usted absurdo e incluso una alegría en el gasto de los presupuestos del Estado que un talento como el suyo quede dilapidado dando clases a alumnos de un Instituto de Enseñanza Media?*

A. D. O.—Bueno, yo quito eso de «un talento como el mío» y le voy a contestar muy sinceramente. A mí la Enseñanza Media me gusta; es un tipo de docencia al que estoy muy acostumbrado, y no me plantea problemas. A mí lo que me molesta no es eso; es el número excesivo de horas, porque nuestro horario docente es doble o triple que el universitario.

A. B.—*Y, sin embargo, su ausencia de la Universidad española actual puede tener repercusiones importantes, como es formar escuela, como es continuar unos caminos de investigación que usted ha iniciado. ¿Va a ser usted autodidacta y solitario siempre?*

A. D. O.—Yo creo que en reali-



La ausencia de una burguesía en Andalucía está relacionada con el concepto semifeudal de las clases sociales.

DON ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ...

dad también se puede influir a través de publicaciones, de contactos personales; hay muchos alumnos que acuden a mí en busca de consejo.

A. B.—*Pero es una lástima que no esté usted en la Universidad cuando en ella hay tantos que ya sabemos...*

A. D. O.—Me parece que tal como está la Universidad quizá mi actuación en ella tendría que ser del tipo que ya estoy desarrollando: a base de contactos individuales. Yo he dado clases universitarias incluso recientemente y he quedado bastante decepcionado. Yo prefiero esto que estoy haciendo ahora: al que acude a mí en busca de unos datos o de un consejo, le atiendo en lo que puedo, y me parece que esto también es un magisterio, aunque no se verifique dentro de las aulas del recinto universitario.

Investigación desde los institutos

A. B.—*En general, la situación de la investigación humanística en la Universidad es muy precaria...*

A. D. O.—En la Universidad, precaria; en lo que no es la Universidad, más vale no hablar. Nosotros, los catedráticos de Enseñanza Media, sabemos algo de eso. Ya le hablé del problema de horas que tenemos, agravado por el hecho de que para tener dedicación exclusiva se nos exige que tomemos el horario máximo, exigencia que no se le plantea a otros cuerpos docentes. Como a las quince, dieciocho o veinte horas de clases (según los casos) hay que agregar otras tantas de tareas complementarias, la verdad es que no queda mucho tiempo para investigar.

A. B.—*¿Supone esto que la Administración considera que este*

prestigioso cuerpo de Catedráticos de Instituto no está capacitado para realizar investigaciones, y lo relega a la función de dar clases y repetir lo que otros investigan?

A. D. O.—Hay motivos para pensarlo así, puesto que la solución que en varias ocasiones se le ha planteado para que la investigación nacional no pierda este plantel, esta cantera, a saber, que se puedan justificar como horas de clase un porcentaje de horas de investigación a los que lo soliciten con las debidas garantías, no ha obtenido respuesta. Nuestra Asociación va a plantear de nuevo la cuestión al actual equipo ministerial; espereemos que con más resultado.

A. B.—*Sin embargo, grandes investigadores (los profesores Vicens Vives, Rumeu de Armas, Ruiz Martín, usted mismo, Valdeón, etcétera), por hablar sólo de Historia, fueron catedráticos de Instituto que luego pasaron a la Universidad y realizaron una gran parte de su obra siendo catedráticos de Enseñanza Media. ¿Por qué el Ministerio no ayuda a estos hombres que en el Instituto empiezan lo principal de su obra investigadora?*

A. D. O.—Quizá influye la teoría de que la investigación es propia de la Universidad; pero no estamos tan sobrados de investigadores como para dejar de promocionarlos donde se encuentren. Influye también la degradación que está sufriendo nuestro Cuerpo y que se manifiesta, entre otras cosas, en ese desinterés, esa falta de ayuda de que hablábamos. La consecuencia es que cunde el desaliento y el Cuerpo de Catedráticos de Instituto, que ha dado figuras tan prestigiosas a la ciencia, se empobrece por el continuo trasvase a la Universidad de sus elementos más valiosos. ■ **Entrevista recogida en magnetofono por A. B. Fotografías: AN-GEL GOMEZ CELAN.**